

**Hans Christian Hagedorn, Sílvia Molina Plaza, Margarita Rigal Aragón, Literatura (coords.), *Crítica, Libertad. Estudios en homenaje a Juan Bravo Castillo*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 637 p.**

Imponente es el calificativo que podría resumir el volumen editado por Hans Christian Hagedorn, Silvia Molina y Margarita Rigal en homenaje a Juan Bravo Castillo. Francesista de “longue date”, la labor académica de este último ha sido y sigue siendo ejemplo de cómo superar los límites de una disciplina. Sus estudios en campos como la crítica, la edición, la traducción o la creación literaria —aunque complementarios— le han permitido alcanzar una mirada amplia y perspicaz que lo convierte en referente en el campo que le es propio.

No podía faltar en esta revista una referencia a dicha obra: desde su participación en el congreso en torno a Víctor Hugo organizado por Àngels Santa en 1985 con el título “Víctor Hugo, escritura y política” hasta la actualidad, Juan Bravo se ha brindado a una colaboración generosa y constante a lo largo del tiempo que ha contribuido, sin duda, a la relevancia de los estudios de filología francesa de la Universitat de Lleida.

La estructura del libro que aquí se presenta permite percibir la amplitud de intereses que ha caracterizado a Juan Bravo: las más de cuarenta contribuciones se distribuyen en cuatro bloques en torno a la filología francesa, la hispánica y la inglesa puesto que, además de la primera disciplina, otra una de sus especialidades ha sido la Literatura comparada. Bajo el epígrafe de “Otras perspectivas un cuarto apartado completa el conjunto. Se reúnen aquí contribuciones diversas que superan el estricto alcance de la filología pero que enriquecen el campo humanístico al que se ha entregado también el homenajeado. Un todo enmarcado por el poema de la escritora y miembro de la Real Academia, Clara Janés, que mediante su evocación recuerda la destacada labor de Juan Bravo al frente de *Barcarola*. A dicha publicación se refiere también Pedro Jesús Garrido que efectúa un recorrido por la historia de la revista cuya evolución corre parejas con la vida literaria del país. Las aportaciones de *Barcarola* alcanzan la cultura tanto local como nacional. De la exposición se confirma que la revista se ha convertido en un órgano consolidado que cuenta con el respaldo de voces autorizadas incluso en momentos como el actual, en que las tecnologías han facilitado en mucho la autopublicación.

Según avanzábamos, un paseo por la literatura francesa y francófona constituye la primera parte. Si adoptamos una perspectiva histórica, el Racine que embelesó a Jovellanos y a Clarín, entre otros compatriotas, es redescubierto por José María Fernández Cardo. Su análisis presta atención a una obra menor del dramaturgo mediante la cual se dio a conocer y que hasta

ahora ha sido poco considerada por la crítica pese a hacerse eco en su momento de acontecimientos históricos de envergadura.

El siglo XVIII conduce al lector a dos campos distintos: gracias a Montserrat Morales cobra relieve la controvertida figura de Napoleón, cuyo bicentenario de la muerte ha sido conmemorado este año. Recuerda ella el férreo control que el Emperador ejerció sobre su imagen pública, destacando las etapas que marcan la evolución de su leyenda (tanto en su vertiente positiva como en las versiones más acérrimas) y examina cómo esa imagen ha sido reflejada por autores de muy diversa ideología. Por otra parte, la oposición enfrentada entre Mme de Staël y Napoleón, sin olvidar la dimensión política de su obra literaria se ponen de manifiesto en la lectura de María Dolores Picazo sobre esta precursora del romanticismo. Destaca de la autora su espíritu europeísta promotor de una perspectiva cosmopolita cuya vigencia permanece intacta hoy en día. Otra vertiente del XVIII se aborda a través del teatro de Marivaux. Lydia Vázquez desvela una faceta complementaria a la tradicionalmente destacada por la historia literaria: como autor con tres obras melancólicas, el dramaturgo se inscribe en el marco de un género nacido en Inglaterra en el siglo precedente. Al proporcionarle su propio sello de la mano del humor, Marivaux se erige en precursor de esas comedias melancólicas que alcanzarán una posición central en el panorama escénico decimonónico.

La repercusión de los siglos XIX y XX se hace patente en las contribuciones a ellos referidas. José A. Millán reflexiona sobre el concepto de originalidad y su valor para la creación literaria. Para ello se remonta al romanticismo como umbral del pensamiento moderno, refiriéndose a Baudelaire y a estéticas contrapuestas como la del dandismo o la existencialista cuya huella se imprime en el debate, aún no resuelto en la actualidad, sobre la búsqueda de lo diferente. Asimismo, una filosofía de vida trasluce en la visión de lo ideal profesada por George Sand. Àngels Santa observa cómo el protagonista de *L'homme de neige*, tras el cual adivina al hijo de la escritora, encarna a ese prototipo de héroe capaz de afrontar los más peligrosos retos. A él le corresponde una compañera digna, Marguerite, para con su conjunción, resumir las progresistas aspiraciones sociales de la autora. La búsqueda de espiritualidad personal en espacios culturales lejanos caracteriza la obra de Pierre Loti. Tagirem Gallego subraya la fascinación que especialmente la India ejerció en los autores románticos para, en un segundo tiempo, efectuar un recorrido biográfico que ilustra la experiencia de Loti en ese país. La representación de las mujeres indias en la ficción del escritor será deudora de sus fantasías a la par que registra la influencia de los cánones orientales estereotipados.

La actividad traductora del propio Juan Bravo cobra protagonismo en el análisis que Lourdes Carriedo efectúa en torno a Alain Fournier y *Le Grand Meaulnes*. Si el componente narrativo había sido objeto de estudio en anteriores estudios, se arroja luz aquí sobre el lirismo de la obra. A fuerza de imágenes creadas a base de metáforas e intertextos, más allá de aportar una mirada al paraíso infantil, traducen los dilemas de una época transformados en arte a través de la escritura. La poesía francesa traducida por el escritor Màrius Torres, gran embajador de la ciudad de Lleida, permite entrever los temas que le son propios. Marta Giné presenta un catálogo de dichas traducciones y examina las opciones adoptadas por el poeta con el fin de salvar los retos de todo traductor.

La elocuencia de Juan Herrero resuena en su trabajo póstumo en torno a Camus –otro de los autores que figuran en el haber de Juan Bravo– y su relación con España. La visión que ofrece sobre el absurdo tiene la virtud de recuperar textos menos conocidos del corpus camusiano. Más allá de sus lazos familiares con nuestro país, el estudio pone de relieve notables afinidades culturales, sin olvidar su compromiso con la República española. La postura del existencialismo conjugada sin contradicciones con un sentimiento cristiano constituye el punto de partida filosófico de Javier del Prado. En su caso relee con óptica filosófica la obra de Manuel Vicent, la de Gide y la de Camus, a su parecer significativas para la generación de los nacidos en 1940, destacando especialmente la plenitud ontológica que se desprende de esa experiencia lectora. Fiel a su singladura por la mitocrítica, Fátima Gutiérrez toma algunas obras de Michel Tournier como objeto de estudio. Observa el imaginario de algunos espacios y, particularmente, el de la isla, subrayando las conexiones entre Alexandre Selkirk y el protagonista de *Vendredi ou les limbes du Pacifique*. Claude Benoit dedica una mirada nueva a Yourcenar. Orienta su análisis a examinar los lazos que la escritora estableció con autores de América Latina en un momento de florecimiento cultural. Su fascinación por Argentina, por sus paisajes vírgenes se revela comparable a su aprecio por autores de la talla de Borges o de Silvina Ocampo. A ello contribuyeron, asimismo, las traducciones que Silvia Baron de Supervielle o el mismo Cortázar llevaron a cabo de sus obras, además del auge de las revistas literarias publicadas de forma simultánea en Argentina y Francia. En cuanto a Alfredo Segura, ahonda en la perspectiva comparatista al estudiar un corto de Godard para el que el director se inspiró de Maupassant y que constituye una producción un tanto atípica en su corpus cinematográfico.

La francofonía tiene también su cabida en este primer apartado gracias a las contribuciones de Maite Pisa y de Margarita Alfaro. La primera se ocupa de Dulcinée Langfelder, dramaturga canadiense contemporánea. Se inspira

esta en la realidad contemporánea al transmitir al espectador problemáticas de la vida cotidiana desde una postura humanista y feminista. A lo anterior se añade el desafío bilingüe que le plantea el crear siempre versiones en dos lenguas de cada una de sus piezas teatrales. A otras lindes geográficas y culturales nos traslada Alfaro que, tomando como referente las *Mil y una noches*, interpreta la obra de la historiadora y socióloga marroquí, Fátima Mernissi. Destaca la pervivencia de los relatos de Sherezade y, por añadidura, de la transmisión oral a modo de fórmula de instrucción para las mujeres de su entorno y como medio de superar las restricciones de un mundo eminentemente masculino. No podían faltar tampoco referencias a los ensayos sobre el harén de la autora musulmana cuyas reflexiones, lejos de ceder a una visión oriental y estereotipada, reivindica a la mujer como fuente de salud democrática.

Un segundo bloque, bajo el epígrafe de “Filología Hispánica”, da cuenta de otro foco de interés de Juan Bravo. Se aportan nuevas visiones en torno a la escritura cervantina: Esther Bautista parte de un estudio comparativo sobre las crónicas de viaje que autores del siglo XIX y XX emprendieron en busca de las rutas manchegas por donde pretendidamente circuló El Quijote. Destaca cómo, incluso en la actualidad, la admiración por el personaje de papel impulsa hacia aquellos escenarios susceptibles de recordar la novela, con lo cual el viaje actúa como una experiencia iniciática. Por lo que a Rocío Martínez respecta, Cervantes representa un ejemplo revelador sobre la pervivencia de la Antigüedad clásica. Plantea que la pervivencia del latín frente a las lenguas romances en tiempos de Cervantes era a menudo fruto de una falsa latinidad o de un humanismo residual. Cervantes, consciente de esa nueva situación cultural y de la pérdida que suponía, contribuye a la conservación del saber clásico, aunque con un uso un tanto irónico en pasajes de *El Quijote*. También Elena E. Marcello presta atención a la época clásica con tal de observar su legado en cuanto a lo cómico y evaluar cómo se traduce el humor verbal en una obra del religioso Carlo Celano, en quien advierte una clara influencia de Tirso de Molina.

Para Asunción Castro Díez la reelaboración de mitos y leyendas que los escritores José María Merino y Luis mateo Díez insertan en sus obras tiene el mérito de contrastar con una sociedad actual, preocupada sobre todo por lo tecnológico y urbano. Ambos autores tratados conceden atención al ámbito rural por fidelidad a sus raíces y por la fascinación que les supuso desde su infancia recuperar el legado de coplas y leyendas populares. Más allá de una voluntad meramente antropológica, advierte en su actitud la preservación de unas señas de identidad en las que se reivindica lo imaginario, lo tradicional, frente a la modernidad.

A nuestra época se refiere Santos Sanz que aborda la obra de Manuel Longares, novelista madrileño cuyo reconocimiento llegó más allá de los 60 y 70 por su deseo de reinventar las formas de la narrativa española de la transición. El hecho de compaginar la creación con la crítica periodística, permite valorar aquí los retos lingüísticos que cada género supone. Otra perspectiva adopta Antonio García. Considera él la admiración por la música por parte de Muñoz Molina. Un repaso de la biografía del autor le permite destacar la formación autodidacta en esta materia, proceso en el que la literatura tiene mucho que ver: cita, por ejemplo, a Proust y a sus referencias a la música clásica como impulsor de ese conocimiento, sin olvidar la importancia del jazz en sus múltiples instancias.

En la sección correspondiente a filología inglesa, Poe atrae la mirada de Antonio Ballesteros que considera su influencia en Japón, acotando su campo de estudio al escritor Edogawa Rampo. Analiza los paralelismos biográficos y los puntos en común que unen a ambos creadores pese a la distancia cultural. En cambio, María Isabel Jiménez, aborda el uso del espacio en Poe estableciendo las particularidades del espacio exterior, del marino y del interno, que tanto caracterizan la escritura del autor mencionado. El nombre de Orwell y su conocida novela *1984* regresan de la mano de Angel Galdón que reflexiona en torno al concepto de verdad y subraya cómo esta evoluciona en la novela. Galdón se pregunta si el poder político puede incidir “fabricando” verdad y reafirma la perspicacia de Orwell que supo entrever el peligro que amenazaba a Europa y del que no podría escapar. Esa perspectiva futurista se refleja en la contribución de Angel Mateos-Aparicio que, partiendo de Swift, recuerda a personajes inmortales creados por la literatura en la búsqueda humana de una victoria frente a la muerte. Se adentra en la ciencia ficción donde abundan las representaciones de experiencias posthumanas, no sin advertir que ni la ciencia ni la tecnología por ellas mismas bastan para ofrecer un sentido pleno a la vida. En su análisis de la pieza teatral de *War Horse* Ignacio Ramos muestra la importancia de la amistad como elemento temático. Compara diferentes versiones (narrativa, adaptación cinematográfica) y reflexiona sobre las posibilidades que cada género ofrece destacando las aportaciones que la técnica puede suponer.

Al campo de la literatura estadounidense nos remiten otras intervenciones: José Manuel Correoso reivindica la obra de William Gilmore Simms, escritor decimonónico que por un tiempo fue olvidado pese a la alta estima en que lo tenía Poe. Ricardo Marín determina el papel de Nueva York en la literatura norteamericana. Proporciona ejemplos de E.B. White, Truman Capote, Melville, Henry James Scott Fitzgerald, Edith Wharton o Paul Auster que refrendan el papel de esta ciudad como modelo de una forma de vida patente

en la suntuosidad arquitectónica de sus edificios o su espíritu cosmopolita. En función de la época y la perspectiva, autores diversos se dejan llevar por sus barrios y avenidas, se atisban los suburbios, los teatros las heladerías... sin olvidar a sus pobladores.

Dos nombres femeninos captan la atención de Isabel López o de Celia López González y Silvia Molina Plana. Para la primera la escritora neoyorquina Dorothy Parker reflejó el modo de vida de sus contemporáneos. La óptica narratológica adoptada en su análisis le permite establecer una clasificación en tres categorías: relatos extradiégticos autoriales, mimetizados o intradiégticos. En el segundo caso se ofrece un estudio de recepción en torno a Patricia Highsmith y España. Tras situar en su contexto las traducciones publicadas en territorio español, se lleva a cabo una revisión pormenorizada de la traducción de *Strangers on a train* que se completa con un estudio comparativo respecto al guión que Hitchcock realizó, destacando cómo en ambos casos los traductores tratan de asociar al lector/espectador a las obras.

Por último, el apartado final del libro reúne contribuciones diversas relacionadas con el campo humanístico: se recupera la obra del Quijote con el exhaustivo trabajo de Hans Christian Hagedorn que analiza la presencia de dicha obra en el mundo musical probando que la huella alcanza una gran diversidad de géneros y estilos. El autor se centra en el jazz y acota su análisis a las composiciones inspiradas en el episodio de los molinos de viento. Privilegia las composiciones del siglo XXI, lo cual confirma la longevidad de la obra cervantina.

La literatura sigue siendo el punto de partida de la propuesta de Claude Duée. Sus apreciaciones sobre las *Rimas* de Bécquer alcanzan un aire novedoso al pasar la rima LXIII por el cedazo de la teoría psicoanalítica: interpreta así en metonimias y metáforas, las manifestaciones íntimas del inconsciente del autor. Alejandro Jaquero Esparcia destaca la contribución literaria al reconocimiento de la pintura: observa textos pertenecientes al *Trecento* para determinar cómo se fijan las bases de la teoría de las artes en un momento en que estas no eran reconocidas como tales. Beatriz y Fernando González resaltan en los libros de viajes su capacidad de acercarse al otro. Resaltan la relación entre literatura y viaje, que se afianza con el *Grand Tour* cuando se establecen categorías que clasifican los países como reflejo de lo bello o lo pintoresco. España formaría parte de esta segunda categoría estética y, a su juicio, tal imagen se plasma, en particular, en la obra del barón Charles Davillier con ilustraciones de Doré por la influencia que ejerció convirtiendo a España en una representante del viaje pintoresco. Otro valor derivado de la literatura aflora de las tesis de Juan Antonio Belmonte. A partir de *Salambó* de Flaubert —novela también merecedora de la atención de Juan Bravo— pone de relieve la capacidad

del autor por reproducir un evento de la historia de Cartago. El esfuerzo de documentación que esta iniciativa exigió a propósito de la cultura fenicia sitúa al autor francés como un precursor de los inicios de los estudios fenicios y púnicos. Antonio Barnés propone una reflexión sobre la pervivencia de lo religioso en la literatura bajo formas múltiples. Aporta ejemplos de Borges, Machado, Laforet que ponen de manifiesto la relación entre los autores y una figura de Dios de modo que, incluso en una sociedad secularizada, pervive lo religioso. De gran alcance es la perspectiva que adopta José Manuel Losada. Partiendo de la concepción platónica sobre la imagen, invita a un recorrido histórico y comparatista sobre la evolución que ha experimentado en el marco literario. Señala las aportaciones de la modernidad al respecto cuando ya los modelos antiguos han decaído en su uso a raíz de nuevas circunstancias políticas y sociales. Esa variación del entorno justificaría la distinta senda que emprendieron los escritores modernistas españoles e iberoamericanos. Juan Agustín Mancebo analiza la contribución a la crítica cinematográfica por parte de Graham Greene. Consciente de que en ocasiones la practicó para salvar su maltrecha situación económica, prueba cómo constituyó un paso previo escritura de guiones, la cual le ofreció una solvencia económica suficiente para poder dedicarse a la literatura y saldar así la desafección anímica que el sexto arte le había procurado. Para concluir el volumen Jean Muñoz recuerda que los hechos acaecidos tras el error de cálculo que permitió a Colón convertirse en el gran descubridor y cambiar así el curso de la historia, no consiguieron dar fin al caciquismo. Antes al contrario, según el autor, el sistema precolombino tuvo una larga vigencia, con sucesivas adaptaciones, en Europa y en América del Norte.

En definitiva, se trata de una obra esmerada e indiscutiblemente rica sobre aspectos literarios en sus diversas declinaciones. Constituye una referencia digna de integrar las bibliotecas de todo aquel que se interese por este campo. En sus páginas, el rostro de Juan Bravo no solo resulta perceptible en la imagen que enmarca el libro, sino tras cada una de las contribuciones. Por sus enfoques plurales, recuerdan la entregada curiosidad intelectual del compañero o maestro y reafirman su aportación al progreso de los estudios de la filología, dos cualidades propias de un gran académico.

M. Carme Figuerola